

brada a la bicicleta, no servía de nada que jalara la palanca de arriba.

LUCHY.—Pues lo siento, tú no bajas. ¡Ya verán esos groseros mis argumentos!... (*Decidida se mete al vestidor.*)

PAULETTE.—¿Qué vas a hacer, Luchy? (A LULÚ.) ¿De modo que tú...?

LULÚ.—(*Cortándola.*) Ay tía, no te enojés, pero debías de ser más ágil al cruzar la calle. Además, esta avenida es muy peligrosa. Yo cuando la cruzo cierro los ojos y corro sin parar... Nunca me ha pasado nada. (*Empieza a peinarse como LUCHY y se sienta.*)

PAULETTE.—Ay, Lulú, vas por muy mal camino. Sigues exactamente los pasos de Luchy.

LULÚ.—Pues no le veo nada malo.

PAULETTE.—No, claro. Pero has de saber que una tía nuestra acabó en el manicomio como a la edad de tu abuelita. Era de los mismos instintos. Una vez, si no la detienen las criadas, ahorca a su marido jugándole una escena de celos para hacer variado el matrimonio.

LULÚ.—¡Tía!

LUCHY.—(*Vuelve con pantalones de lamé dorado, pelo rosado, suelto, y un fute de montar.*) ¿Qué les parece?

PAULETTE.—¡Luchy! (*Cae desmayada.*)

LULÚ.—¡Abue! (*Se levanta.*)

LUCHY.—(*Adopta poses modernas.*) ¡Bien, ahora verán esos salvajes de la ley!... (*Sale disparada en loca carrera hacia la puerta.*)

ACTO SEGUNDO

DÍAS DESPUÉS AL MEDIODÍA

ESCENA I

Llaman al teléfono. LUCHY aparece vestida de straples rojo. Una voz horrible canta: "Yu juy, yo soy la criada." Luego entra JACQUELINE y después LULÚ.

LUCHY.—(*Gritando.*) ¡Jacqueline!... ¡Jacqueline!... (*Entra una criada mal vestida y fea, mientras el teléfono sigue sonando.*)

JACQUELINE.—¿Qué?

LUCHY.—¡Conteste el teléfono! ¿Qué no oye?

JACQUELINE.—(*De muy mal modo se acerca y contesta*) ¿Qué? ¿Con quién?... ¡Ah!... Ay, no sé... ¿Cómo?... Sí, claro... ¿Decía?... Sí, habría que verlo...

LUCHY.—(*Exasperada.*) ¿Qué pasa? ¿Quién es?

JACQUELINE.—Pues a ver... Bueno... bueno... (*Cuelga.*) No sé qué de un coche cadillac...

LUCHY.—¡Ay, burra, y no me diste la bocina!... ¡Era de mucha importancia!

JACQUELINE.—Pos yo creía que usted no sabía hablar por teléfono...

LUCHY.—¡Pero en qué cabeza cabe!... ¡Ay, esta servidumbre está asquerosa!

JACQUELINE.—¡Ansina no me llevo con usted!... ¡Luego no se va a aguantar! Pos si es patrona, me-

jor ni se meta en la vida privada de una, ¿eh? ¡Estas viejas condenadas!... (*Sale.*)

LUCHY.—¡Vaya, qué bien!... (*Toma el teléfono.*) ¡Bueno! ¿El Sindicato de Trabajadoras Domésticas?... Mire, habla la señora Millones... Este... sí, mire, lo de siempre... Sí, sí, ya sé que es la cuarta en esta semana... ¿Cómo dice?... Mire, señor, yo tengo el derecho de exigir que me trabajen bien... Sí, si ya sé que cincuenta pesos mensuales no es una cosa exorbitante, pero les doy casa y comida... Sepa usted que aquí comemos caviar, bebemos champagne y las camas son de la época de Iturbide... (*Furiosa.*) ¡Mire, caballero, para cuidar de mi palacio no necesito de sus!... (*Cuelga.*) ¡Jacqueline!... ¡Jacqueline!...

LULÚ.—(*Entrando.*) ¿Qué pasa, abuelita?

LUCHY.—¡Estas yaquis condenadas están insoportables!

LULÚ.—¿Quiénes?

JACQUELINE.—(*Desde dentro.*) ¡Por un Judas! ¿Qué quiere, vieja? (*Entra con una maleta y un gorro de plumas en la cabeza.*) Mire, señora, desde que llegué no oigo más que gritos, y como el doctor me recomienda descanso, aquí están las llaves de mi cuarto. (*Avienta al piso unas llaves enormes.*) Si usted quiere, le mandaré una sobrina mía del pueblo, o en su defecto llame usted al Sindicato a ver si alguna quiere ganar los cincuenta pesos... ¡Aunque eso sí, va a tener que comprar petates nuevos, porque las camas están llenas de pulgas!

LUCHY.—¡Esto sí que está bueno!

LULÚ.—Abue, ¿y quién va a servirnos el buffet de esta noche?

LUCHY.—¡Bueno, siquiera habrá cocinado algo!...

JACQUELINE.—Por ahí les dejo los chilaquiles que me sobraron de en la mañana... Recalentados con queso alcanzan'pa'la comida.

LUCHY.—¿Qué cree usted que estamos acostumbradas a la comida de presidio?

JACQUELINE.—Mire, precisamente me voy porque no estoy dispuesta a aguantar su genio.

LUCHY.—¡No, usted no se va, la echo yo!... ¡Hace rato que está usted despedida!

JACQUELINE.—Pos si quiere, cobro mi indemnización... Y no se me ponga pesada porque le echo al Sindicato encima.

LUCHY.—(*Dándole la espalda.*) ¡Lulú, haz el favor de despedirla; yo ya no puedo!

JACQUELINE.—No necesita, niña, yo tengo mi dignidad. (*Se va.*)

ESCENA II

LUCHY y LULÚ

LULÚ.—¡Ay, abuelita! ¿Y qué vamos a hacer esta noche? ¡Todo por tu mal carácter! ¡No toleras nada!... Ya no tenemos criadas, nadie quiere venir a trabajar; el chofer sigue en la cárcel y todo el mundo se burla de ti. ¡No hay nadie que nos tome en serio ya!

LUCHY.—¿Y eso te preocupa, Lulú? Date cuenta que somos populares y que en todo México no se habla más que de nosotras.

LULÚ.—Sí, y que en todas las fiestas que hemos dado no hay quien atienda a los invitados. Además, abuelita, ya estoy cansada de estudiar a todos los muchachos que vienen, buscando cuál me conviene, cuál me gusta y pidiendo informes a los colegios de cada uno de ellos.

LUCHY.—¡Ay, hija, pero qué ingenua eres!... ¡No querrás que tus niños salgan con lepra o tuberculosos! Por eso te he exigido que todos los invitados de esta noche traigan su catastro torácico y examen

médico con la historia clínica de toda su familia... Además, si estoy de un humor negro es por tu culpa. Así te trajeran al *Apolo de Belvedere* dirías: "¡Ay, es muy pesado!"

LULÚ.—Pues ése, ni lo conozco...; y el nombre me suena...

LUCHY.—¡Muy pesado!... Sí, ya sé, dirías que es de mármol.

LULÚ.—¡Ay, bueno, pues si no me gustan!...

LUCHY.—Sí, claro, ya sé que la única persona que te ha fascinado es un insignificante poetucho que ni sabes dónde vive y que saludaba a diario a la criada hasta que tú misma lo atropellaste con el coche.

LULÚ.—Si yo tampoco he dicho que me fascine ése... Me preocupa que no haya vuelto a pasar por aquí enfrente, es todo.

LUCHY.—¡Lulú, pero si ni sabemos quién es, por Dios! Lo más probable es que te cases con un albañil si sigues en ese plan.

LULÚ.—Ay, abuelita, encima de que no me quiero casar, no voy a hacerlo con alguien de quien no esté enamorada...

LUCHY.—¡No pensarás que voy a dejar que gaste mi herencia un insecto cualquiera!... No, Lulú, recapacita y verás que tengo razón.

LULÚ.—Abuelita, si fuera así, tal vez; pero no me voy a casar con un cualquiera, estoy segura.

LUCHY.—¡Si al fin existiera alguien que no fuera un pesado!...

LULÚ.—Pues por lo menos habrá alguno que no sea presumido, como todos los niños que han venido aquí.

LUCHY.—En eso sí tal vez tengas razón; están de lo peor... (*Observa a LULÚ.*) No, sí, claro, si te has de casar debe ser con quien quieras. Ahorita mismo llamo a todas las cruces y hospitales y haré venir a ese poetucho que atropellaste...

LULÚ.—(*Cansada.*) ¡Ay, abuelita!

—LUCHY.—¡No querrás que te lo traigan en algodones! (*Se mete al guardarropa a buscar una libreta. Mientras tanto, pasa una sombra por fuera de la ventana, haciendo ruido como de burbujas. LULÚ voltea rápido, pero ya no ve nada. LUCHY, después de aventar a la escena varias prendas en completo desorden, aparece de nuevo con una libreta en la mano.*)

LULÚ.—¿Qué buscas, abue.?

LUCHY.—¡Teléfonos!... ¡Direcciones!... ¡Recetas!... ¡Una ruta a Acapulco!

LULÚ.—Para qué, ¿eh?

LUCHY.—Es un desorden horrible, busco la tarjeta de un restaurant italiano y no encuentro ni el teléfono de la "Super Fonda" de abajo.

LULÚ.—¿La de doña Elpidia, abue.? ¿Entonces hoy sí vamos a comer?

LUCHY.—¿Qué? Nosotras no, hay que guardar la línea. Será para esta noche.

LULÚ.—¡La línea!... Ay, ¿pero para qué?

LUCHY.—Ni me digas nada, tú bien sabes que a los maridos les gustan las mujeres flacas. Tienen un cuerpo distinguido y parece que consumen menos gasto; pero usualmente son las más mañosas.

LULÚ.—Abuelita, yo siempre he sido delgada; es más, el año pasado me vitaminaron.

LUCHY.—No, hija, no voy a permitirte que me echés la culpa de tu fracaso social si te pones como ballena. ¡Hay que guardar la línea!

LULÚ.—¡Aún no quiero casarme y ya tengo que conservar las exigencias de todos los maridos!

LUCHY.—Anda, baja a la calle y encarga en la Super Fonda pambazos y quesadillas para trescientas personas. Corre, que no van a terminar nunca el pedido.

LULÚ.—¡Ay, abue!...

LUCHY.—¿Qué esperas?

LULÚ.—¡Sí, abue! (*Sale corriendo.*)

ESCENA III

LUCHY y LUCIFER.

LUCHY.—¡Esta nieta mía! (*Tomando el teléfono.*) ¡Bueno! ¿Cruz Roja?... Sí, mire, este... hace algunos días hubo un atropellado de la pierna izquierda en el cruce de las avenidas Insurgentes y Reforma. Yo quería saber si de casualidad, digamos, no les cayó por ahí. Pues este, mire... no sé si fue delante o a espaldas de Cuauhtémoc... ¿Cómo?... ¿Que vaya yo a buscarlo a ver si está en el anfiteatro? ¡Ay, no, gracias!... De veras, no se moleste, no; si era por pura curiosidad... No, sí, claro, desde luego. Pues mire, disculpe usted... Claro, por allá nos tocará ir. ¡Adiós! (*Cuelga y hace un gesto de descanso.*) ¡Lo que una tiene que hacer por las nietas!... ¡Caray! (*Se oye un ruido de burbujas y pasa de regreso por la ventana la misma sombra que antes.*) ¡No sé hasta de qué sería yo capaz por ella!... ¡Haría tratos con el mismo diablo!... ¡Claro que se llevaría una joya! Y ya de últimas, con tal de lograr lo que quiero, ¡hasta me metería de monja! (*Surge un estallido con burbujas y humo, se percibe un olor a azufre y por la ventana entra tranquilamente la misma sombra vestida de frac. LUCHY, embebida en sus pensamientos, no se da cuenta.*) ¡Ese olor de la "Super Fonda" es demasiado descarrado!...

LUCIFER.—¡Luchy!... ¡Pst!

LUCHY.—(*Asombrada.*) ¿Eh?... ¡Salga usted de aquí! ¿Cómo ha entrado hasta mi estancia?

LUCIFER.—Por la ventana, Luchy. (*Ríe sarcásticamente.*)

LUCHY.—¡Esto es el colmo! ¡Déjese de bromas, estamos en un segundo piso y el jardín está poblado de mastines!

LUCIFER.—Soy intangible y mis pies no han rozado el suelo, ¿comprendes?

LUCHY.—(*Furiosa.*) ¡Fuera de aquí, majadero! ¿Qué van a decir allá enfrente? ¡Largo! ¡Retírese si vino a robar! ¡Además, no necesitamos mayordomo!... ¡Dios mío!... (*El diablo se cubre horrorizado.*) Va a haber necesidad de poner una fosa con cocodrilos y aves de rapiña entre las almenas. (*Mirando a LUCIFER que está horrorizado.*) ¡Bah! ¡Cobarde!... ¡Por favor, lárguese! No quiero llamar al ejército para que lo arrastren por las calles, se murmuraría mucho de mí... (*Arreglándose el pelo.*) Aún estoy muy conservada....

LUCIFER.—¡Bah! Luchy, no te hagas ilusiones...

LUCHY.—¡Cómo! ¿Se atreve ya a tutearme? Dése cuenta del delito que está cometiendo. Si hubiera llegado en un momento más inoportuno me hubiera encontrado en ropas de dormir.

LUCIFER.—(*Examinándola con la vista.*) ¡No!...

LUCHY.—(*Entre dientes.*) ¡Ay qué emoción! ¡Un hombre en mi casa!...

LUCIFER.—Mírame bien, Luchy.

LUCHY.—¡Presumido! (*Despectiva.*) ¡Bah!, un tipo vulgar. Te ha dado cuchillada de amor alguna sirvienta y buscas desquite con las de la alta... ¡Un Casanova cualquiera! (*Suspirando.*) ¡Un farsante!

LUCIFER.—¿Pero es posible que seas tan terca? (*Dominante.*) ¡Tienes que saber quién soy!

LUCHY.—Por favor, tenga usted más respeto. Se ve que no tiene roce con las damas finas. (*Sentándose, con pose de Cleopatra.*) Si usted no me dice su nombre, yo no soy el diablo para adivinar...

LUCIFER.—¡Está bien, ciega criatura! Tendré que inventar mentiras para que las creas. Mi nombre es ¡Luz! (*Levanta los brazos y se enciende una luz amarilla.*)

LUCHY.—¡Qué vulgar! ¿Y el apellido?

LUCIFER.—(*Aprieta las manos con furia y se dirige a la ventana, mientras cae un rayo.*) ¡Fuerza!

LUCHY.—(*Riendo.*) Ya le he dicho que no necesito mozo, puede retirarse, Luci. (LUCIFER *la mira furibundo.*) ¡Oh!, qué atrevimiento. ¡Apenas lo conozco y ya le dije Luci, de cariño! ¿No quiere usted un Jerez? Aunque desgraciadamente sólo nos queda tequila.

LUCIFER.—¡México! ¿Cómo es posible que puedan vivir tranquilas el resto de tus gentes con mujeres así?

LUCHY.—(*Acostada.*) ¿Pues qué es lo que quieres, Luci? (*Se levanta con una copa en la mano.*) ¡Luci!... ¡oh! ¿Que qué quiere usted, Lucifer?

LUCIFER.—Asombrada, ¿verdad?

LUCHY.—No, te descubrí desde el principio por tu ingenuidad. Es más, deseaba tu llegada. Siempre me he burlado de todos y ansiaba hacerlo de ti... No negarás que reaccionas como un rebelde de Manhattan. No te has desarrollado lo suficiente, sigues siendo un adolescente y te falta mundo con las mujeres actuales.

LUCIFER.—(*Se le echa encima y le quita la copa.*) ¡Tú me has llamado!, ¿qué quieres de mí?

LUCHY.—(*Asustada.*) ¡No me toques, tonto! Eres como uno más de mis mastines; gruñen, pero cuando está la comida, hasta los ojos se les ven complacientes y humildes. ¡Bah! Yo no te he invocado, puedes irte. ¡No necesito de ti, me has decepcionado!

LUCIFER.—Ya que he venido, no creo que me dejes ir si no quedas satisfecha. ¿Qué quieres? ¡Ya estoy cansado de que me amenaces con meterte monja! Por favor, ¿qué quieres?

LUCHY.—(*Se arregla el pelo.*) ¡Nada!... Solamente oír qué sabes de cierto poeta, que arregles lo que no ignoras y, aparte, cómo podría lograr lo que te imaginas... ¡Tú sabes qué tanto quiero!

LUCIFER.—¿Y qué me darías a cambio?

LUCHY.—¡El alma!

LUCIFER.—¡Ja, ja, ja! ¡Es mía desde hace mucho!
¿Crees que te la voy a comprar dos veces?

LUCHY.—Aún no me conoces. Dije el alma, sí.

LUCIFER.—¡Qué risa!

LUCHY.—¡Pero el alma del muchacho!

LUCIFER.—(*Sorprendido.*) ¡No me basta!

LUCHY.—¿Pues qué más quieres? No es tan fácil, habría que trabajar mucho, tú ya sabes.

LUCIFER.—¿Y cómo te las arreglarías?

LUCHY.—Primero, un viaje a París para pervertirlo. Iríamos a los peores cabarets... Más tarde, le daría consejos para destruirle la moral y te lo entregaría envuelto para regalo.

LUCIFER.—Lo siento, Luchy. No puedo entregarte lo que me pides; te has excedido mucho.

LUCHY.—¿No te basta? ¡Lo necesito, no puedo estar más así!

LUCIFER.—(*Insinuante.*) Tal vez podría haber algún arreglo...

LUCHY.—(*Entusiasmada.*) Llevaríamos a mi prima Paulette también. Tú sabes, "Le Moulin Rouge", "Pigalle", los existencialistas, su curiosidad de colegiala intrigada, un empujón de tu mano... y me la llevo de compañía por delante hasta el infinito.

LUCIFER.—¡Sí, qué fácil! Ella es intachable, tú lo sabes.

LUCHY.—Pues más razón para que veas mi mérito. Debías condecorarme. Junto con un iluso en vísperas del himeneo, te entrego una beata para los martirios.

LUCIFER.—¡Parece mentira, lo que hace una mujer por verse bella!

LUCHY.—Eso a ti no te interesa. Ya estoy cansada de cirugías sin ningún resultado. Además, los achaques sólo así se me quitarán. ¿Cuál es tu respuesta?

LUCIFER.—No sé, tendría que pensarlo. Pides dos

cosas; un zonzo que cargue con tu nieta desenfundada y la fuente de la juventud.

LUCHY.—Te doy dos almas.

LUCIFER.—¡A saber lo que harás!... Se me hace que te burlas de mí.

LUCHY.—*That's my business.*

LUCIFER.—Eres diabólica y engañosa.

LUCHY.—Sí, ese es uno de mis despilfarros desde niña. Toda mi fortuna, dinero, maridos, joyas y cosas que poseo me respaldan; pero recuerda que es un trato, y si quiero ser joven, no es porque tema morir, pues eso no me importaría si me pasase la vida siendo adolescente... Pero tengo pavor a la vejez, odio el jugo de zanahorias y me molesta la gente que empieza a marchitarse con todo y vitaminas. ¡Amo la generación del rock and roll!

LUCIFER.—Está bien, acepto. Pero si no me cumples, morirás, y te harás más vieja mucho antes de lo que te imaginas.

LUCHY.—¿Más? Tratos son tratos, y si tú mientes diabólicamente, perderás lo que has ganado.

Los dos.—(*Cruzan las manos espectacularmente y, mientras suenan unos acordes siniestros, dicen*): ¡Ni un paso atrás!

ESCENA IV

LUCHY, LULÚ y PAULETTE.

Entra LULÚ corriendo, muy excitada. Antes de dar tiempo a que lo vea, el diablo se esconde debajo de la cama.

LULÚ.—(*Gritando.*) ¿Ya ves que sí, tía?

LUCHY.—¿Qué pasa, niña? Debías tener más cuidado.

PAULETTE.—(*Entra fatigada.*) Esta Lulú, que me ha hecho correr desde la Diana hasta acá arriba.

LULÚ.—Si no es por ese perro callejero que se nos aventó hubiéramos llegado antes.

LUCHY.—¿Y has avisado en la Super Fonda?

LULÚ.—¡Ay, abuelita! Se me olvidó por completo.

PAULETTE.—(*A LUCHY y señalando a LULÚ.*) ¡Ya ves tu libertinaje reflejado en la niñez! ¿Desde cuándo anda con desconocidos?

LULÚ.—Si ya lo conozco. Lo encontré cuando bajaba y me quise disculpar. Tú sabes quién es, abue. (*Mirando a LUCHY.*)

LUCHY.—Sabía que esto pasaría, pero no tan pronto.

LULÚ.—¡Tiene una suerte!... El herido es su papá. Además, él cree que tú lo atropellaste y no yo. Me platicaba que sacó una beca para Europa, en la Universidad de París. Piensa trabajar, estudiar y hacer deporte, y en sus ratos de ocio irá a la ópera.

PAULETTE.—Abuela y nieta asociadas. ¡Es el colmo!

LUCHY.—¡Perfecto! ¡“Fuerza”... es quien es!

PAULETTE.—¿Quién es? Cuando yo lo vi se escabulló sospechosamente. Y lo que no le perdono a Lulú es que me haya hecho correr como desesperada. No pude ni saber cómo era ese tipejo.

LULÚ.—No sé, abue. Fueron unas ansias horribles que me entraron de correr y aposté con mi tía, sin saber por qué, a que llegaba hasta acá primero que ella. Me acuerdo que, cuando veníamos a media calle, corríamos al parejo de un ruletero y no podíamos detenernos. Gracias a Dios... (*Ruido de burbujas.*) nos tocaron puros “sigas” y ni un solo alto.

LUCHY.—En fin, que hemos perdido demasiado tiempo y tenemos que tomar hoy mismo un avión a Francia. Tú vendrás con nosotros, Paulette. Imagínate: Notre Dame, La Cité, Fru-Fru... ¿Eh?

¡Digo!... Fontenebleau, Napoleon-Memorial, Versailles... ¡Ay!...

LULÚ.—¿Y quién servirá el buffet de esta noche, abue?

LUCHY.—Cerraremos la casa y dejaremos sueltos a los mastines. No creo que nadie se atreva a entrar. Estaremos dos días y cinco segundos en viaje de negocios.

PAULETTE.—¡Ave María Purísima! ¡Has de estar loca!... (*Se oye ruido de burbujas y entra humo por la ventana.*)

LULÚ.—Ese ruido ya van tres veces que lo oigo.

PAULETTE.—Ese olor que entra de la calle semeja azufre.

LUCHY.—Deben ser los drenajes. Todo debajo del asfalto está descompuesto... Compraremos ropa y todo en París, no llevaremos más que lo puesto. Lulú, ¿quieres cerrar bien las puertas? (*Suena "La Marsellesa" y LUCHY, embebida, sale mientras la música cambia a los "Puentes de París". Se apagan las luces y baja el telón en medio de un ruido de burbujas.*)

ACTO TERCERO

LA RECÁMARA DE LUCHY CON LAS PAREDES DESCASCADAS. MESES DESPUÉS AL AMANECER.

ESCENA I

Se levanta el telón en medio de ruidos atormentadores. La escena está teñida de rojo. LUCHY duerme en su lecho mientras el diablo la protege a un lado con los brazos cruzados y poniendo despóticamente un pie en la cama. Un enjambre de moscas vuela sobre ellos y entre tanto surge, en medio de erupciones estruendosas, LA CONCIENCIA, de LUCHY, que es una figura pequeña con pintoresco negligé azul y una espada en la mano. La luz se torna amarilla.

CONCIENCIA.—¡Basta, Luchy! ¡Soy tu conciencia!

LUCHY.—(*Suspirando.*) ¡Ay!... ¿Eh? ¡Huy, marcianos!

CONCIENCIA.—(*Furiosa.*) ¡Ningún marciano, soy tu conciencia! (*LUCIFER bosteza sorprendido.*)

LUCHY.—¿Qué? ¡Mi conciencia!... ¿Y estás incrustada en la pared? ¡No debí haber tomado tantos “zombies”!... ¡No! ¡Ay!... Una pesadilla y de los peores gustos. (*Bosteza, da un ronquido y se queda dormida nuevamente. Una mosca le pone los nervios de punta a LUCIFER.*)

LUCIFER.—¡Y siguen! ¡Y siguen estas moscas picándome!

CONCIENCIA.—¡Cállate, farsante; tú has engañado a Luchy!

LUCIFER.—¡Es ella quien me está engañando a mí!

CONCIENCIA.—¡Mentira! Has aprovechado mis vacaciones y la has convertido en una arma maligna.

LUCIFER.—¡Bah!, tú y ella se las dan de muy listas, ¿no?

CONCIENCIA.—No es que me las dé, ¡soy! Con Luchy es imposible tomar vacaciones. Apenas se estaba portando bien y ¡zas!, un descuidito... ¡y a cometer las peores locuras! (*Mirándola.*) ¡Pobre, y así y todo cree en la fuente de la juventud!...

LUCIFER.—¡Bueno, ya basta de estarme molestando! Has perdido, por lo que sea, pero ¡has perdido!

CONCIENCIA.—¡Ay! ¿Y crees que me voy a aguantar bajo las llamas lo que hizo ésa? (*Señala a LUCHY que ronca plácidamente.*) Está bien que en vida tenga que cargar con ella, pero...

LUCIFER.—¿Quieres callarte? Entra tú, las moscas y los “zombies” de esa vieja loca no me han dejado dormir.

CONCIENCIA.—¡Pero esta Luchy es el colmo! Acaba de llegar de París y, después de habernos trajinado tanto, nos pone una cruda espantosa.

LUCIFER.—Nos pone, sí, nos pone... ¿Tú qué sabes? Estabas de vacaciones. Por eso he ganado; ha sido demasiado sacrificio convertirme en su diablo de compañía... Que si nos duele la muela, que si tomamos mucho, que baila y no sale de cobarets aunque vea mis pies destrozados..., que si come hasta reventar... Y cuando se enferma..., cuando tosemos... ¡Basta!... ¡Ya me quiero ir al infierno! ¡Ay!... (*Un suspiro y se deja apapachar. Casi llorando.*) ¡Ya me quiero ir al infierno!... (*Rompe a llorar y LA CONCIENCIA trata de consolarlo.*) ¡Ayyy!... (*LA CONCIENCIA saca una mascada y le enjuga las lágrimas.*)

CONCIENCIA.—Pues yo estaría de vacaciones, pero además de amanecer sintiéndome pisoteada y con dolor de cabeza, diariamente como a las seis de la mañana sentía un chorro de agua fría y uno de vapor... ¡Ay, qué cosa más horrible!

LUCIFER.—¡Sí! Su baño reductor de peso parisien; y pesca uno cada gripe... (*Estornuda.*) ¡Ay!...

CONCIENCIA.—¿Y te quejas? Yo la he aguantado cincuenta y nueve años. Cuando era niña le encantaba pelarse la encía con el cepillo de dientes, ¡mira! (*Le enseña ridículamente la boca.*) De jovencita le fascinaba hacerse la sonámbula en el pretil de la ventana. Y cuando nos puso a dieta... ¡ay, era insufrible! No había más que lechugas en esta casa. (*Sueña el despertador. Todos los timbres de los relojes y las campanas de las iglesias anuncian las seis de la mañana.* LUCIFER, *al oír este ruido, se mueve agitado por toda la recámara.*) ¿Y ahora qué pasa?

LUCIFER.—¡Las seis! ¡No, no! ¡Las seis!... (*Con gran nerviosismo se arroja por la ventana.*)

ESCENA II

Entra SUZANNE, ama de llaves, traída de París, que viene a despertar a LUCHY para que tome su baño matinal. LA CONCIENCIA permanece muda en un rincón, observándolo todo.

SUZANNE.—¡Madame! ¡Madame!

LUCHY.—(*Bosteza.*) Ay, ¿tan pronto, Suzanne?

SUZANNE.—*Oui, ma chérie, oui.* (*Empieza a vendarle la cara después de haberle untado cremas.*)

LUCHY.—¡Ah! Esos mariachis callejeros fastidiaron toda la noche. Dos veces me asomé con la pistola y fue en balde. Por más balas que disparé no cayó ninguno. ¡Ahhh!... (*Habla con la R gutural fran-*

cesa y termina en inglés.) Y usted, Suzzane, ¿qué tal pasó su primera noche in Mexico?

SUZANNE.—*Très bien, madame, très bien.* Pergo los charrgos cantaron hargto; erga terrgible parga dorgmirg. Ahorga, si madame pergmite podrgemos irg al rgeductorg a tomarg un agrgadable baño.

LUCHY.—*Oui, oui. (Se levanta vendada de manos y cara y se dirige, ayudada por SUZANNE, hasta el baño. LA CONCIENCIA se sienta en la cama y, al entrar LULÚ, desaparece.)*

ESCENA III

LULÚ, PAULETTE y al poco rato CÉSAR.

LULÚ.—Abue, ya amaneció, y en París han de ser las dos de la tarde. *(Ve el lecho vacío.)* Qué raro, creí ver a alguien.

PAULETTE.—*(Viene con sus cuetitos en el pelo y una bata estrafalaria.)* ¡Ay, Luchy!... ¡Hip! *(Repara en LULÚ.)* ¡Lulú!

LULÚ.—Buenos días, tía. *(Le da un beso en la mejilla y nota un fuerte olor a vino.)* ¡Pero si no paran! Se ponen cada... ¡Bueno, ya es el colmo!

PAULETTE.—Ay, Lulú, qué exagerada... ¡Hip!

LULÚ.—Nada más se nos ocurrió brindar con jerez al bajar del avión y ustedes ya se lo tomaron muy a pecho. ¿Dónde se fueron los tres anoche? Apenas llagábamos y ya se habían ido. A este paso se va a convertir en cantina esta casa.

PAULETTE.—¡Ay, ay, ay!... *(Se dirige a la cantina, se sirve una copa y brinda.)* ¡Todo por París! ¡Ji, ji, ji!... ¡Moulin Rouge!... *(Suspira y se toma de un golpe todo.)* Hip!... ¡Ay!

LULÚ.—¿Dónde ha estado César?

PAULETTE.—¿César? *(Mira a LULÚ, se oculta tras la copa y se ríe.)*

LULÚ.—Sí, dije César. ¿Pueden decirme las dos por qué habíamos de traérselo de Europa? Han arruinado su beca y su carrera en la Sorbona.

PAULETTE.—¡Ay, es tan simpático! Esta Luchy...

LULÚ.—Pero qué, ¿están locas? Ya les he dicho que no quiero casarme. ¿Cuál es el objeto de quererme obligar?

PAULETTE.—Ay, no sé... ¡Hip!, yo qué voy a saber. Tú tan sólo cástate, que Luchy lo arregla todo.

LULÚ.—¡Sí, lo arregla todo! ¿Cuál es el arreglo? Primero lo perseguimos hasta París, me compran miles de vestidos, diz que para apantallarlos... Y de repente, un día lo encuentro en el hotel de gran juerga con ustedes dos. Al principio íbamos al cine...

PAULETTE.—¡Ay, le gustaban las caricaturas! ¿Qué íbamos a hacer? No pude conocer ni a la Venus de Milo. ¡Bah! Pero vi todos los cines, teatros, clubs, cabarets, rock places, tugurios y toda clase de antros... ¡hip! Esta Luchy se las pinta sola... ¡Ji, ji ji!

LULÚ.—Sí, claro. Y yo encerrada en el hotel todas las noches, y durante el día recorriendo París en miles de zafaris planeados de antemano para el gusto de turistas gringos. ¿Creen que me divertía mucho la compañía de Suzanne? Me acabé doce pares de zapatos, y mientras ella aprendió español, yo aprendí inglés y francés. ¿Pero piensas que es justo? ¡Me han convertido en seis meses en una enciclopedia ambulante!

PAULETTE.—¿Seis meses? ¡Huy, y parece tanto tiempo! ¡Me siento tan joven!... Y Luchy tiene un plan que... ¡ay!

LULÚ.—¡Por Dios!, no pensarás casarte ahora...

PAULETTE.—¡No! Si yo no... Luchy quiere. (*Entra CÉSAR.*)

CÉSAR.—¿Se puede?

PAULETTE.—¡Ay!, claro, Cesarín, usted es de confianza. Luchy debe estar tomando un baño.

LULÚ.—Qué, ¿tampoco pudiste dormir después del viaje?

CÉSAR.—(*Angustiado.*) Me fue completamente imposible.

PAULETTE.—(*A LULÚ.*) También duró toda la noche la serenata que les trajeron a las criadas de enfrente, ¡hip!

LULÚ.—¿Serenata?

PAULETTE.—Pues eso parecía al principio. Yo vi a los músicos por la ventana, daban la impresión de revolucionarios y cantaban horrible. No sé qué habrá pasado; sonaron varios balazos y amanecieron los faroles de la calle y el parabrisas del “Impala” del Embajador de Shangai rotos. ¡Quién iba a dormir así!

CÉSAR.—(*Tratando de parecer tranquilo.*) Después de todo, es interesante conocer una familia como ustedes, ¿saben? Pero no necesitan seguir fingiendo más conmigo. Quiero saber la verdad. (*Titubeando.*) ¿Qué quieren decir todos esos esqueletos que se pueden ver en el traspatio?

LULÚ.—¿Esqueletos?

PAULETTE.—¿De qué hablas, Cesarín?

CÉSAR.—¡Lo he descubierto todo! (*Temblando.*) Antes no podía entender por qué me asediaban hasta París, y pensé que sólo se trataba de una de esas inofensivas ricas estrafalarias en busca de aventuras. Los primeros días iba por mí al terminar las clases, más tarde ya no me daba permiso ni de asistir a la Sorbona, y hasta creí que... ¡ay! (*Con desesperación.*) Pero ya Luchy no me toma en cuenta, no se da por enterada de mis sentimientos, y a pesar de nuestra diferencia de edad, estoy enamorado de ella.

PAULETTE.—¡Ay, esta Luchy tiene un golpe!... ¡Hip!

CÉSAR.—¡Y yo no quiero terminar como otro de esos!... No quiero ser otro amor pasajero en la vida

de Luchy. ¡Ayúdame! Porque no estoy dispuesto a acabar mis días luciendo los huesos bajo la luz de la luna.

LULÚ.—¡Esto se ha puesto intolerable! (PAULETTE se dirige a la botella de whisky y se sirve un vaso más.)

ESCENA IV

Dichos y LUCHY, que viene del baño con una bata muy vistosa, peinada de un modo llamativo y trayendo un periódico en la mano. Al final SUZANNE.

LUCHY.—¡Hello!... Me fascina verlos platicando. (Trata de aparentar elegancia, pero resulta cursi.)

CÉSAR.—(Apasionado.) ¡Luchy!...

PAULETTE.—¡Lulú... mejor vámonos!

LULÚ.—¡Sí! ¡Quién sabe qué vaya a pasar! (Salen ambas.)

LUCHY.—(A CÉSAR.) Qué bueno que hayas venido temprano, pues es tiempo que discutamos sobre la dote. (Se sienta.)

CÉSAR.—¿La dote? ¿Qué dote, Lucita?

LUCHY.—¡Caray! ¡No me vas a decir que no piensas en la dote!

CÉSAR.—Pues...

LUCHY.—Vaya, lee esto. (Le entrega el periódico.)

CÉSAR.—(Tembloroso.) ¿La sección de crímenes?

LUCHY.—¡Sí, anda, léelo!

CÉSAR.—“Escalofriante relato sobre la antropófaga millonaria. Se tiñe con letras de sangre nuestra edición.”

LUCHY.—(Cortando.) Pero qué, ¿estás bizco?

CÉSAR.—¡Ay, no, Luchy!

LUCHY.—¡Presta! (Toma el periódico y lee.) “Beyrut, Líbano. Familia de siete miembros que se envenena porque la hija casadera carecía de dote”...

Y como tú ves, no creerás que Lulú va a ir descalza en la avanzada.

CÉSAR.—¡Basta, por favor! ¡Basta! ¡Monstruo sin sentimientos! ¡Yo sé que has jugado conmigo, Venus de Fuego..., que me haces sufrir y no te importa! ¡Convéncete de que te amo, no me desprecies, porque conmigo no has de hacer lo que con los demás, yo te delataría a la policía y gritaría que tú eres la Barbazul, que como la Medusa me has petrificado, que me has raptado de Francia! (*Se arrodiva.*) ¡Oh, mi estrella fugaz! ¡Arrepiéntete! Aún puedes reivindicarte conmigo. Yo sé que estás loca, mi Maharajá femenino de “Las Mil y Una Noches”; pero cargaría contigo, te cubriría de amor apasionado. ¡Piensa que Sherezada también se salvó la última noche!... Aún es tiempo de que yo también me salve, de que nos salvemos los dos juntos... ¡Huyamos con tu fortuna a Siberia..., a la Patagonia..., hasta la misma luna!

LUCHY.—¿Qué?...

CÉSAR.—Yo no soy el Perseo labrado por Benbenuto para asesinarte. Perdóname si te amenazo, pero es que tenía que hacerlo. ¡Te he descubierto!... Anoche vi esos esqueletos de mis antecesores en el patio; brillaban con la luna y formaban una danza macabra de luces de colores... No pude dormir en toda la noche; sombras siniestras pasaron por mi mente y me atormentaron con escenas sanguinarias. ¡Ahhh! ¡Ja, ja, ja!... ¡Ahhh!... (*Se abraza a la ropa de LUCHY, que está sentada, da un grito y queda en el suelo sollozando. LUCHY se levanta.*) ¡Eres culpable. Luchy, y ya te he delatado a mi papá, que te odia! (*Corre de rodillas tras ella y logra alcanzarla.*) ¡Pero yo no quiero verte con grilletes, Luchy! ¡Tenemos que huir! (*Le toma una mano.*)

LUCHY.—(*Recogiéndole su brazo y acariciándole la cabeza.*) ¿Pero de qué hablas? Sí, claro... Me voy a tener que sentir culpable de haberte hecho reco-

rrer tanto. ¡Se me pasó la mano!... ¡Pobre Lulú!...
"Delirium tremens" (*Dándole su bendición.*) ¡Y pensar que eras toda una lumbrera en la Universidad!

CÉSAR.—(*Levantándose implorante.*)

¡No me engañes más, mi dulce heroína;
que aún mi lengua, reseca y sin ptialina,
te aclama a ti y a tu piel con melanina,
porque al pasar opacas a la bomba de Hiroshima!

(LUCY sube a la maca y se tapa los oídos.
CÉSAR la persigue y continúa recitando sus versos.)

No quisiera ser un cretino
que robara tu beso felino.

(*Se lanza a besarla y ella lo rechaza bruscamente
y se cubre la cara con una almohada.*)

Aviéntate que aquí te espero.
Yo de tu amor soy limosnero...

LUCY.—(*Se hace a un lado y le zumba un almohadazo en la cara.*) ¡Ay, qué asco! ¡Basta!... ¡Te perdono todo menos tu cursilería! (*Baja de la cama y se dirige al baño.*)

CÉSAR.—¿Y me desoyes, Lucy?... ¡Lucy!

LUCY.—(*Esquivándolo, desesperada.*) Por favor, César, retírate a tu alcoba, desayúnate bien, aléjate del whisky, toma una aspirina, sal a dar un paseo tranquilo, piénsalo todo dos veces, olvida el resto y regresa en paz para conversar sobre la dote. (*Se encierra en el baño dándole un portazo en las narices.*)

CÉSAR.—¡Lucy! (*Se va, desconsolado.*)

SUZANNE.—(*Sale corriendo del baño donde entró LUCY, llevando un montón de toallas.*) ¡César! (*Acomoda la cama y sale tras él.*)

ESCENA V

LA CONCIENCIA y el DIABLO.

CONCIENCIA.—(*Surge de detrás de la cama.*) Por lo visto me estoy volviendo loca.

LUCIFER.—(*Entra por la puerta del vestidor.*) ¡Bah! No arreglarás nada. Retírate del campo de pelea; estoy cansado y yo creo que ya es tiempo de que le caiga un rayo a Luchy.

CONCIENCIA.—¡Eso no puedes hacerlo, sería jugar sucio!

LUCIFER.—(*Riendo amenazador.*) De noche habrá tormenta. Ella saldrá hacia el bosque, se refugiará bajo algún árbol y... ¡a la chicharronera con ella!

CONCIENCIA.—¡No podrás!

LUCIFER.—¡Las odio! ¡Son insufribles! Yo seré el verdugo de la respetable señora Millones, y el mundo vivirá agradecido!

CONCIENCIA.—(*Subiéndose a la cama.*) ¡Quieto, Judas de feria, que eso no podrás hacerlo! Yo la aconsejaré bien. ¡Soy su conciencia!

LUCIFER.—¿Conciencia? ¡Esa mujer no tiene ni eso!... ¡Al infierno! ¡Ja, ja, ja!... (*Cae el telón.*)

ACTO CUARTO

EL MISMO DÍA POR LA TARDE.

ESCENA I

Al levantarse el telón suena la música de "Mademoiselle de París". Llaman al teléfono. Enseguida entra SUZANNE, luego PAULETTE y después LUCHY.

SUZANNE.—(*Contestando el teléfono.*) ¡Aló! Ici la maison de madame Lucile Millones. ¿Eh? Je ne comprend pas. ¡Je ne comprend pas! (*Cuelga y sale, encontrándose con PAULETTE que entra.*)

PAULETTE.—(*Viene vestida con mallas rojas y lleva un vestido juvenil, que con su talla gruesa parece espantosamente ridícula.*) Esta francesa se cree la divina garza de las Tullerías. ¡Luchy!

LUCHY.—(*Sale del baño arregladísima.*) ¿Quién llamaba al teléfono?

PAULETTE.—No sé, ha contestado la pesada esa de la francesa y colgó. ¡Y yo que sigo esperando esa llamada!... (*Recoge el periódico que ha quedado en el sillón desde el acto anterior y lee.*)

LUCHY.—Qué, ¿sigues igual de entusiasmada con el viudo de aquí enfrente? ¡Eres una loquilla! Tiene ochenta y cinco años.

PAULETTE.—¡Ay, Luchy, lee esto!... ¡Ay! (*Deja caer el periódico al piso.*)

LUCHY.—“Helsinki, Finlandia. Recién casado de setenta y ocho años de edad que mata a tubazos a su

esposa de cincuenta y cuatro, después de una disputa sobre finanzas durante su luna de miel." ¡Mira nada más qué comerciante!

PAULETTE.—(*Suspirando.*) ¡Ay, Luchy! ¡Las mujeres grandes corremos muchos riesgos buscando novio!...

LUCHY.—¡No te estarás arrepintiendo! Ayer te mandó flores.

PAULETTE.—Pues yo creo que lo voy a pensar cien veces antes. (*Sale.*)

LUCHY.—Pues no lo pienses mucho. Acuérdate que el sexo de las *females* anda a la arrebatanga. ¡Uh, qué con Paulette! Yo en su lugar no le daría importancia a casarme ni con Jack el Destripador... ¡Y así y todo, ella se pone de un exigente!... ¡Quiere que la vengan a ver tras el balcón toda la noche, y ni siquiera sabe bailar bien Calipso! (*Toma su pitillera.*) ¡Ah!...

ESCENA II

LUCHY y SUZANNE *que entra. Luego, LULÚ.*

SUZANNE.—¡Oh, la, la!... Ma chérie, no debe fumar, le perjudica.

LUCHY.—¡Ay, tú, fumo desde los nueve años y no tengo ni tos!

SUZANNE.—¡Terrrible!... Yo creí que estaré muy mal tener tantos vicios.

LUCHY.—Eso sí, yo siempre lo he dicho; se puede una tomar una copita antes de cada comida y fumar un poco para calmar los nervios; pero sólo hasta donde una aguante. A mí, sin embargo, no me gusta el café; no duermo y una se envenena con la cafeína. Los vicios son intolerables.

SUZANNE.—Mi padre usaba rapé a la hora de comer.

LUCHY.—Seguramente estornudaba hasta en la fruta.

SUZANNE.—¡Oh!, madame, yo lo que quiero es pedir permiso de salir a conocer la ciudad, hay un hombre que ofrece acompañarme esta tarde.

LUCHY.—Como tú quieras, Suzanne. Yo te tenía muy buenos partidos..., pero si te simpatiza ése...

SUZANNE.—¡Oh, merci, madame! (*Sale y se tropieza con LULÚ que entra.*)

LULÚ.—¿Oú vas tu?

SUZANNE.—¡Oh, a la calle a conocer Mexico!... (*Se va.*)

ESCENA III

LUCHY y LULÚ.

LUCHY.—¿Ya lista, mi descendiente? Pronto librarás tu primer combate con el sexo vanidoso.

LULÚ.—Mira, abuelita; no es justo jugar con los sentimientos de nadie; yo nunca he querido casarme.

LUCHY.—¡Lulú, no irás a hacerle eso a César! Lo hemos traído desde París para ti, para tu uso personal. No pensarás desperdiciar la oportunidad... ¡Pobre muchacho, siquiera que le quede eso! ¡Ha perdido hasta lo que no!

LULÚ.—Por favor, si lo que quieres es casarlo, ¡cásate tú con él!... Tus cocteles lo hacen delirar por ti.

LUCHY.—Ese no era el plan, Lulú. Estás resultando hábil para deshacerte de él, pero yo estoy muy bien viuda, tengo mis libertades y aún aguantó mis pianos.

LULÚ.—Si no se trata de pasárnoslo como novela; hay que ser más humanas. Si él está enamorado de ti y no le importan tus defectos, te quiere tal cual eres.

LUCHY.—Jamás he consentido que revisen la mercancía que no se va a rematar. ¡Defectos!... ¡Ya quisieran muchos de por ahí!...

LULÚ.—Por favor, abuelita, él está sufriendo una crisis nerviosa.

LUCHY.—Y yo un susto horrible.

LULÚ.—Él cree que estamos locas y que tú te reivindicarías con la boda.

LUCHY.—Ya me lo ha dicho. También me habló de unos cadáveres en la pérgola. ¡Pobre muchacho!... Lulú, tienes que casarte, ya ve visiones por nuestra culpa.

LULÚ.—¡Tu culpa! Y no son visiones, ve a ver detrás de la casa... ¡Los mastines, tus mastines, se devoraron unos a otros en los seis meses que se quedaron sin comida!

LUCHY.—(*Atónita.*) ¡Ay! ¡Y yo que le traía a Robespierre un capote de seda italiana!

LULÚ.—Comprende, abuelita, ¿qué no es lógico pensar que haya tenido ideas macabras? Además, no era nada natural y sí muy sospechosa tu invitación a México después de pasearlo por las playas de Biarritz.

LUCHY.—¿Y se murieron toditos? Eran veinte...

LULÚ.—Por Dios, abuelita, olvídate ya de los perros.

LUCHY.—¿Y el canario y el gato?

LULÚ.—¡Hum!...

LUCHY.—(*Reaccionando, al fin.*) ¡Ay! Se han de haber secado mis plantas... ¡De milagro no se cayó la casa! ¡No, Lulú! ¿Y después de tanta desgracia persistes en tu idea de echarlo todo a perder? "Todo se ha perdido menos el amor", no se quién lo dijo, pero yo lo estilizo así. Tienes que aferrarte, tu camino va hacia el potente brazo de un hombre que te mantendrá... ¡Y saber que todo está en vías de realizarse! ¡Siento como si me casara a través de ti!

LULÚ.—Por favor, abuelita, yo no sé que vas a ha-

cer, pero no estoy dispuesta a que nadie se case a través de mí. ¡Haz lo que prefieras; pero yo no me caso! ¡Ni lo pienses!

LUCHY.—¡Por Dios, tienes que cumplir lo que me has hecho prometer!... (*Ruido de burbujas.*)

ESCENA IV

Dichos y PAULETTE, que entra.

PAULETTE.—¿Creéis que así estoy bien? (*Lleva una chalina fosforescente a la rock and roll en el cuello y pantalones negros muy apretados.*)

LUCHY.—(*Mirándola.*) ¡Hum!... Te verías de mucho más mundo si te tiñeras el pelo de verde; inspirarías más pasión. El chico es viudo y debe conocer de todo. Además, no eres nada especial. (*PAULETTE, emocionada, permanece en pose y LUCHY le da una vuelta en redondo examinándola.*) ¡Tal vez sí!... (*Le baja un rizo a la frente.*) ¡Eso, Paulette, así tienes más pegue!

PAULETTE.—(*Áhogada de contento.*) ¿Tú crees, Luchy?

LUCHY.—Morderá el pez, morderá, Paulette.

PAULETTE.—(*Camina hasta la cama y se sienta levantando pies y manos.*) ¡Ay, me voy a desmayar!... ¡Es la primera vez en treinta años!

LULÚ.—¡Y yo que pensaba que una a la edad de ustedes sentaba cabeza! ¡Ja! (*Sale.*)

LUCHY.—¡Esta Lulú!... No va a haber modo, es un verdadero despilfarro de la especie.

PAULETTE.—Luchy, podríamos hacer nuestras bodas juntas en Xochimilco e ir los cuatro a Niágara Falls.

LUCHY.—¡Hasta eso, Paulette! Tienes que convencer a Lulú de que se case o se aruinarán todos nuestros planes.

PAULETTE.—Tú tienes la culpa...

LUCHY.—¿Cómo te atreves a decir eso?

PAULETTE.—Pero si tú y César hacen la gran pareja, y además Lulú no quiere casarse...

LUCHY.—¡Qué dirían!... ¡Si puedo ser su abuela!... No, no; no quiero entusiasmarla. Además, tengo que casar a Lulú. Seguramente ella tiene miedo.

PAULETTE.—Pues te diré...; a mí también me asusta un poco.

LUCHY.—Pero te avientas. Lo que ella necesita es un consejo maternal... Yo se lo daría, pero nunca los he oído.

PAULETTE.—Pues yo misma se lo daré. Le hablaré de la dignidad de ser esposa y de la bendición que es una familia para lograr la felicidad. (*Sale.*)

LUCHY.—¡Pobre Paulette! Está que se le hace agua la boca por casarse... Si no se casa le va a dar delirio de persecución.

ESCENA V

LUCHY y su CONCIENCIA, que aparece por un lado.

CONCIENCIA.—¡Ya, Luchy! ¡Comprende!... ¡Está mal hecho!

LUCHY.—(*Sobresaltada.*) ¿Qué?

CONCIENCIA.—¡Soy tu Conciencia y me tienes disgustada!

LUCHY.—(*Reflexiva.*) ¡No!... ¡Mis pesadillas son los únicos sueños que jamás se hacen realidad!

CONCIENCIA.—Ni me desconozcas, porque he vivido contigo cincuenta y nueve años.

LUCHY.—¡No, no es posible!... Luces completamente infantil.

CONCIENCIA.—Si represento menos edad es porque tu necia manera de actuar no me ha dejado desarro-

llarme plenamente... En cambio, mira a tu diablo de compañía; ¡él sí que estuvo en su ambiente propicio!

LUCHY.—Si, ¿eh? ¡Pues ahora mismo te me largas de aquí, enano de circo, y vas con el cuento a casa de María Tepache! (*La echa a empujones.*)

CONCIENCIA.—(*Se vuelve muy enojada a LUCHY.*) Ahora sí ya me has hecho enojar; no sólo te he aguantado toda la vida sin que me hicieras caso, sino que además de haberme enredado con el diablo, me echas..., y has de saber que yo no estoy dispuesta a descender por tu culpa al infierno. ¡No es justo! Ha sido un calvario cuidarte, y, aunque tú me desconozcas, no voy a rematar mi labor entre las llamas, porque tú la haces... ¡y luego la pagamos las dos juntas!

LUCHY.—¡Bah! Todo lo que he hecho ha sido a mi entero gusto, o si no jamás hubiera dado un paso. Y al cabo, ¿qué tienes tú que reclamarme?

CONCIENCIA.—¡Me has vendido al diablo!... ¡A poco crees que voy a estar de acuerdo con eso!

LUCHY.—Pues yo sí.

CONCIENCIA.—¡Tú estás loca!

LUCHY.—¡Estoy como puedo!... ¡Es el colmo!... ¡Miles de años haciendo lo que quiero y el día que soy bella, me surge una conciencia!

CONCIENCIA.—¡Basta! Ahora sí; al menos piensa una vez en tu vida. Eras normal al nacer... Bueno, aunque chillabas horrible y te ponías verde de los berrinches... ¡Me acuerdo que hasta nos corrieron del hospital!... ¡La decía yo que me iba a tocar una chamba bien dura! Por medio siglo me he desgañado junto a tus oídos y te he cuidado evitándote accidentes y tonterías, ¿y a pesar de todo te niegas a escucharme?

LUCHY.—Está bien, habla; pero rápido, que ya estoy harta de ti y de esa voz de niño que me pide limosna. (*Se sienta.*) ¡Por primera vez escucharé a

mi Conciencia! Y date prisa, porque tengo una reunión de *The Canasta Party Mambo*, a beneficio de la Sociedad Protectora de Perros en la Indigencia.

CONCIENCIA.—¡Es un descaró! ¡Bah! ¡Perros!... Y en cambio no se ocupan ni de su propia alma.

LUCHY.—Sí, ¿verdad? Yo mejor los vendería a la Super Fonda de abajo para que hicieran barbacoa; pero ellos han decidido gastar trescientos millones en vacunarlos y mantenerlos en el Zócalo. Algo así como las palomas de San Marcos, ¿sabes? ¡Será una atracción turística formidable!

CONCIENCIA.—Cuántas tonterías dices... ¡Me dan ganas de darte una tunda!

LUCHY.—¡Ay, no! ¿Por qué dices eso?

CONCIENCIA.—Reflexiona, date cuenta. ¿Qué no te has puesto a pensar nunca en lo que es condenarse?

LUCHY.—Pues depende...

CONCIENCIA.—Creo que cuando eras niña...

LUCHY.—Sí, cuando era niña no me dejaban pensar en nada. Prisionera en un internado de señoritas, me hacían repetir miles de veces desde que amanecía, casi a pellizcos: "Sálvanos del fuego eterno"... "Ruega por nosotras"... "Ayúdame a salvarme, Señor"... "Ruega por nosotras"; y yo repetía entredientes: "¡Ayúdame a salir de aquí, Señor!"... "Llévate a estas viejas locas!"

CONCIENCIA.—¡Luchy!... Bueno, tal vez eran muy exigentes, pero entonces tú eras muy chica y aun tenían esperanzas de que mejorases.

LUCHY.—¡Odio las prisiones!... Me expulsaron de esa vieja escuela. Me acuerdo que le grité a la tipa que estaba en el balcón: "¡Odio esto!"... "¡Ansío la vida libre!"... Y enseguida se armó un borlote en el patio del colegio, que para qué te cuento.

CONCIENCIA.—¡Qué bárbara eras!

LUCHY.—Fue divertido. (*Mirando el whisky.*) ¡Oh, perdona, no te he ofrecido! ¿Qué quieres tomar?

CONCIENCIA.—¡Compórtate, Luchy!

LUCHY.—¡Ay, bueno pues si no te gusta, ni modo!

CONCIENCIA.—Recuerda que no he venido a festejar; nos está prohibido cuando andamos chambeando.

LUCHY.—Te lo ofrecía por educación. ¡Pero qué chascos se lleva una a veces! Yo hubiera pensado que te gustaban las cubas libres o el whisky con squirt.

CONCIENCIA.—Pero qué, ¿no te has dado cuenta de la importancia de mi llegada? Vengo a prevenirte contra Lucifer y tú sales de gran plática. Enterate que has hecho un trato necio y que ni siquiera has recibido nada a cambio.

LUCHY.—Luci me dio su palabra de cumplir... ¡Además es un pacto secreto!

CONCIENCIA.—¡Es un pacto sucio! ¡Con el diablo!... ¿Cómo crees que vas a sacar algo? ¡Él es viejo y no podrás ganarle!

LUCHY.—Y yo soy más vieja que el diablo... Eso aunque me bajo la edad.

CONCIENCIA.—Pues Lucifer no ha cumplido. ¿Por qué César se enamora de ti?

LUCHY.—¡Ay, yo qué sé! Tengo mucho pegue. Lulú es muy simple, muy standard; mejor dicho, es una chica del gremio, nada nuevo.

CONCIENCIA.—¿Dónde está tu hermosura? Lucifer te ha hecho una jugada.

LUCHY.—¿Pues qué insinúas? Contémplame y verás lo que es canela. (*Mirándose al espejo extasiada.*) Aún mi mirada es desafiante.

CONCIENCIA.—Es maquillaje, Luchy; tu mirada es ruda. No te contemples en el espejo, mírate reflejada en los ojos de tus semejantes... ¡Has perdido la fuerza de la juventud y no es la madurez lo que tú vives! Has llegado a la ancianidad y, en lugar de alarma, esto debiera causarte satisfacción. Tu pelo teñido de colores falsos es un óxido a la plata que

luce tu pelo real. Tus mejillas, heridas por la cirugía, no han sido más que defectuosamente cicatrizadas. ¿Por qué has de ser lo que no eres? Son más bellas las cosas cuanto más sencillas y naturales parecen. Trata de detener con un alambre los pétalos a una rosa que se marchita y, además de romperla y deshojarla, destruirás su valor y su perfume. No, Luchy, ¿para qué quieres lo que no te sirve? ¿Y para qué das lo único que tienes de valor? ¡Es hora de que voltees hacia atrás y trates de salvarte!

LUCHY.—(*Triste.*) ¡Yo no puedo dejar de ser como soy! Mi carácter es así, tú me conoces.

CONCIENCIA.—Tú puedes seguir siendo como quieras, pero mi deber es prevenirte.

LUCHY.—Me has convencido... ¡Y a la buena, porque a la fuerza... ni la última moda! (*Se frota las manos con cierta malicia.*) A ese Luci se le va a armar... ¡Aún es tiempo!

CONCIENCIA.—(*Para sí.*) ¡Ya pasó lo peor para mí!

LUCHY.—Jugar con mi belleza y mis deseos es atreverse a mucho. Ya mis millones exigen la revancha. ¡Qué dirían mis maridos!

CONCIENCIA.—Con calma, Luchy.

LUCHY.—¡Qué calma ni qué nada! Tú me tienes que ayudar a que Luci dé el paso atrás.

CONCIENCIA.—No puedo ayudarte, tan sólo te puedo decir lo que está mal y dejar todo a tu elección.

LUCHY.—¡Qué lástima! ¡Yo que pensaba que a cambio te llevaras a Lucifer!

CONCIENCIA.—(*Indignada.*) ¡Soy tu Conciencia!... ¡No estoy comprando nada!

LUCHY.—Por eso mismo. Así tendrías a quién fastidiar y me dejarías en paz. ¡Me molesta que me estén viendo siempre y que sepan mi vida íntima!

CONCIENCIA.—¿Y eso me lo dices a mí? Yo que me he desvelado, que te he cuidado...

LUCHY.—¡Y que me has espiado! Vete a saber qué chismes cuentan de mí por ahí algunas conciencias

amigas tuyas. (*Mirándola.*) ¡Las niñas son bien indiscretas!

CONCIENCIA.—Yo no soy una niña. Sé guardar cualquier secreto. ¡Y no ando comerciando con diablos!

LUCHY.—Pues hay cosas mías que a las dos nos conviene ignorar... Y para mis secretos... ¡ni mi Conciencia!

CONCIENCIA.—¡De haber sabido un poco antes lo que me estoy imaginando!... Sólo tengo que buscar un certificado...

LUCHY.—Mejor ni te metas en este atolladero. La mera verdad, es cosa de gente grande.

CONCIENCIA.—¡Ay! Te suplico que no te muevas de aquí. He encontrado la manera de salvarnos. No salgas afuera hasta que regrese, porque si pones un pie en la calle te encontraré hecha chicharrón cuando vuelva.

LUCHY.—¡Ay, qué exagerada! Está bien que en la Super Fonda den carnes dudosas, pero...

CONCIENCIA.—¡Lucifer quiere tu alma, y si sales te caerá un rayo! (*Se va.*)

ESCENA VI

LUCHY y luego LUCIFER. Más tarde LA CONCIENCIA.

LUCHY.—¡Cómo! ¿Fulminarme así? (*Furiosa.*) ¡Lucifer, Lucifer!... (*Suena un clarín para matar al toro y aparece LUCIFER.*) ¡Lu...! (*Al verlo entrar se calla.*)

LUCIFER.—¿Qué? ¿Por qué gritas tanto?

LUCHY.—(*Conteniéndose, sonríe entre dientes.*) Pasa, siéntate, ponte cómodo, Luci; estás en tu casa.

LUCIFER.—(*Sentándose.*) ¿Y bien?

LUCHY.—¡Ay qué risa! Fíjate que como nos ha ido tan bien a los dos, te llamé para proponerte otro

trato, ¿ves? Te subasto el alma de un viudo muy simpático que se amarró Paulette. Sabes, ella no ha de querer irse sola al infierno...

LUCIFER.—No es tan fácil, no tengo el alma de la misma Paulette, ni siquiera la de César; tú sólo me las preparaste un poco, pero aún no las hemos logrado. Además, ¿qué quieres ahora?

LUCHY.—¿Yo? ¡nada! ¡Ay qué desconfiado! Lo hago sólo por sport; me encanta la profesión... (*Coqueando.*) ¡Eres admirable, Luci!

LUCIFER.—¡Bah! ¡Qué melosa eres, Luchy!... ¡Pero no puedo!

LUCHY.—Ay, ¿por qué? (*Se sienta en las piernas de él y le acaricia el pelo.*) ¡Monín... parece un diablín!

LUCIFER.—Mira, ¡me caes gorda!... ¡No te soporto!... ¡Eres insufrible!

LUCHY.—Y tú... ¡irresistible!

LUCIFER.—¡Pero qué vieja loca!

LUCHY.—¡Eres genial, mi vanidoso! ¿Qué dices a mi proposición? (*Le hace cosquillas en la barba.*)

LUCIFER.—(*Riendo.*) Bueno, haz el plan.

LUCHY.—(*Levantándose.*) Se planeará a treinta años... Esperaremos a que conquisten la luna. Paulette llevará a sus niños y Lulú a los suyos. Iremos a un cráter... Luego, un empujoncito de tu mano... ¡y ya!

LUCIFER.—En la luna no hay nada...

LUCHY.—¿Y quién te dice que no?

LUCIFER.—Además, es mucho tiempo treinta años.

LUCHY.—Para entonces ya tendré mis cosas por allá. (*Emocionada.*) Sabes, me acordé que en la Mitología, el rey del infierno se raptó a Proserphine...

LUCIFER.—¿Y qué?

LUCHY.—Nada, pensaba... Tú eres muy extraño, un tanto diabólico.

LUCIFER.—¡Ja, ja, ja!... (*Se levanta.*)

LUCHY.—¡Bien! Entonces yo te pondré al tanto...

LUCIFER.—¡No!... No acepto. ¡Tú vienes conmigo hoy y se acabó!

LUCHY.—¡Así, no; espérate!... Habrá que llamar al juez... ¡Nunca me han raptado!

LUCIFER.—¿Raptarte? Yo sólo vengo por tu alma. ¡Vamos por la buena o te doy de cadenas! (*Saca una cadena de rebelde.*)

LUCHY.—¡Insolente! (*Le da una cachetada.*) ¡Llévarme así como así!... ¡Ni las sirvientas!

LUCIFER.—¡Cállate ya y obedece!

LUCHY.—¡Ay, que desencanto! Conste que eres tú quien deshace el trato. Yo no me he echado para atrás.

LUCIFER.—¿Qué?

LUCHY.—¡Y yo que me sentía bella! Pero ahora, al mirarme en tus ojos me he visto vieja, ¡uf! Mira mi piel... Ya el codo me llega al antebrazo.

LUCIFER.—Tú no te vas a burlar de mí.

LUCHY.—Yo no me burlo, Luci. Ahí están tus almas; pero la mía la has perdido para siempre. Tú no cumples lo que prometes.

LUCIFER.—¡Basta! ¡Vámonos ya o te caerá un rayo!

LUCHY.—Aquí estoy protegida.

LUCIFER.—¡Rayos y truenos a mí! (*Comienza una furiosa tormenta con violentos rayos y truenos. LUCHY, horrorizada, retrocede. Se oscurece la escena y se ilumina únicamente de cuando en cuando con la luz de los relámpagos que entran por la ventana y permiten ver la sombras de LUCHY y LUCIFER que forcejean violentamente y acaban trabados a golpes. Se oye un cadenasazo que LUCIFER le da a LUCHY y gritos lastimeros de ésta.*)

LUCHY.—¡No es lucha libre!... ¡Auxilio!... ¡Auxilio!...

LUCIFER.—(*La arroja al suelo y la levanta en sus brazos.*) ¡Quieta!

LUCHY.—¡Socorro! (*LUCIFER se encamina hacia*

la puerta de salida con LUCHY encadenada y ríe sarcásticamente. La escena se cubre de humo. Súbitamente, LA CONCIENCIA aparece como una estatua trayendo un pergamino en la mano. Poco a poco la escena se ilumina de amarillo y suenan con tono de victoria unas trompetas en la lejanía, dando la impresión de una marcha triunfal.)

CONCIENCIA.—¡Detente, Lucifer!

LUCIFER.—¿Qué?

CONCIENCIA.—¡Luchy y yo estamos salvadas!

LUCIFER.—¡No!

LUCHY.—(*Muy despeinada y con la cara amoratada hace un gesto de alivio y sonríe.*) ¡Ay!...

CONCIENCIA.—¡Silencio! (*Empieza a leer el pergamino.*) Por decreto universal, nuestra Justicia Eterna declara a la señora Millones fuera de uso de razón y, por lo tanto, dispensada de ir al infierno. Este certificado está firmado por los maridos fallecidos de la demente, a la hora cero, en el limbo. (*Pone cara solemne como la de un abogado defendiendo a una autoviuda.*)

LUCIFER.—(*Arroja a Luchy despiadadamente al suelo.*) ¡Loca!... ¡Pero bien que fastidia!

LUCHY.—¡Ay!...

CONCIENCIA.—¡Cuidado! Pronto te quedarás sin fuerzas, Lucifer.

LUCHY.—(*Levantándose.*) ¡Ay!... Lo siento, Lucifer, has perdido.

LUCIFER.—¡Basta! ¡Qué te crees!... ¡He trabajado como un negro, he abandonado mi casa y no te voy a perder ahora!

CONCIENCIA.—Este pliego no miente.

LUCHY.—*Bussiness are bussiness*, Luci. ¡Hay que saber perder!

LUCIFER.—¿Y crees que tú ganas?... ¡Estás loca!... ¡Ya no podrás encajarle tu nieta a nadie!... César huyó con la francesa, después de haber saqueado tus joyas... ¡Ja, ja, ja!...

LUCHY.—¡No!... ¡Canija!... ¡Mírala, tan amable que parecía! Pero se morirá de hambre. Esas alhajas son más falsas que tú... Con ellas me dieron un palo hace veinte años.

LUCIFER.—¡Lulú jamás se casará!

LUCHY.—¿Tú crees?

LUCIFER.—¡Nunca jamás!

LUCHY.—Olvidas que en ella actúa la herencia ancestral.

LUCIFER.—(*Se le arroja encima furioso; pero cae al suelo y se desvanece lentamente.*) ¡Trágame, mundo!

CONCIENCIA.—¡Largo!... ¡Ya está fuera de combate!

LUCHY.—¡Así te quiero, Lucifer!... ¡Derrotado a mis pies. (*Le pone un pie encima.*)

CONCIENCIA.—¡Qué trabajo!... Pero al fin ganamos.

LUCHY.—Gracias, aunque no fue muy relevante para mí eso que firmaron mis maridos. ¡Cuando me muera van a oír!... (*Señalando a LUCIFER.*) Puedes llevártelo.

CONCIENCIA.—¡Cómo!

LUCHY.—Tratos son tratos y yo no quiero hacer trampa. ¡Ahí está tu diablo!

CONCIENCIA.—¿Qué estás loca? (LUCIFER comienza a gritar desesperado.) ¿No te das cuenta que no podemos quedarnos con él? Lo reclaman allá abajo... Pronto se desvanecerá.

LUCHY.—¡Ay!, aquí no, va a ensuciar el tapete, mejor en el baño. (*Toma del cuello al diablo y lo encierra en el baño.*) Estos diablos deberían bañarse más seguido. (*Se sacude las manos como si hubiese hecho limpia.*)

CONCIENCIA.—Ya pasó lo peor. Sólo nos queda el limbo. No te preocupes, podrás morir tranquila.

LUCHY.—¡El limbo! ¡Ay!... ¡No! Debe estar repleto de mahometanos... Todos los chinos del mundo... Juana la Loca... Niños que ni hablar saben.

...Probablemente todos se la pasen meditando... ¡No habrá chismes que platicar! ¡Todos los idiotas habidos y por haber estarán allí!... ¡Ay, no!

CONCIENCIA.—Así y todo será preferible al infierno, ¿no crees?

LUCHY.—Eso me saco por escuchar conciencias de procedencia dudosa. Deberías de estar jubilada. ¡Fuera!...

CONCIENCIA.—¡Ay!... (*Se va haciendo un gesto de inconformidad.*)

LUCHY.—(*Mirándola salir.*) ¡Limbo a mí! ¡Ja! (*Con la mano en la cintura empieza a peinarse las mechas.*) ¡Me moriría!...

ESCENA VII

Las luces vuelven a su estado normal y LUCHY se muestra muy sosegada. Luego aparece PAULETTE y más tarde LULÚ. Finalmente, LA CONCIENCIA.

PAULETTE.—(*Inconsolable.*) ¡Ay, Luchy, estos hombres son de lo peorcito que hay!...

LUCHY.—¿Qué? ..

PAULETTE.—Que le he visto en Sanborn's con una imitadora de Brigitte Bardotte, descalza. ¡Ay!, estuve a punto de cruzarle la cara con mi zapato, pero huyeron los dos en un cocodrilo. Yo creo que ha habido algo raro en todo lo que he hecho últimamente... Es como si ahora volviera a la realidad.

LUCHY.—No ha sido tan raro; quizá novedoso. Pero no te desalientes, Paulette. Búscate uno más jovencito... Pues si te ha de engañar, que sea uno que valga la pena, ¿no? A lo mejor ése ni siquiera aguantaba la luna de miel.

PAULETTE.—Ay, Luchy, yo creo que a los cincuenta y cinco años ya está muy negro casarse. ¿Ya

para qué? Ni modo. He perdido mi último tren y ya no volverá otro. Lulú se casará y yo iré a su boda...

LULÚ.—(*Entrando.*) No, tía. Lulú no se casa porque no está de humor, no le gusta el muestrario... ¡César no le conviene!

PAULETTE.—¡Lulú, no digas eso, que nos haces más desgraciadas! (*Llora.*)

LUCHY.—¡Que no se case!

LULÚ.—¡Claro que no; quiero ser libre! ¿Pues qué creen? Y si me he de casar, déjame escoger siquiera, porque ese tipo, de plano, además de cursi es un ratero... ¡En doce horas hemos sido saqueadas!

PAULETTE.—¡Ay! ¿A poco los muebles que estaban sacando a la calle no era por ideas tuyas, Luchy?

LUCHY.—¿Cómo?

PAULETTE.—La francesa me dijo que querías asolearlos.

LULÚ.—¡Se llevaron hasta las camas de las criadas!... ¡Esa vieja lángara!...

LUCHY.—¡Lángara es poco! Esas camas eran de la mamá de Iturbide. ¡Qué Cesarín! Tonto, tonto, y acabó haciendo el rapto de las Sabinas.

PAULETTE.—¡Ay, pobre hombre! Le dará dos patadas... Esa mujer es de lo peor.

CONCIENCIA.—(*Se oye la voz.*) Ahí tienes, Lucifer, dos almas que perseguir.

LUCHY.—(*Enojada.*) ¡Pobres! No llegarán muy lejos, les remorderá la conciencia antes de lo que imaginan.

PAULETTE.—(*A LUCHY.*) Ya no hay nada que hacer; nos dedicaremos tú y yo a ayudar a los necesitados. ¡Tenemos tanto dinero!...

LUCHY.—¡Ahora es cuando hay que vengarse de los hombres; aún no estoy muerta y le voy a meter chismes hasta el que no!... ¡Que tiemble el mundo!

CONCIENCIA.—(*Su voz.*) Luchy, eso está mal hecho.

LUCHY.—¡Tú cállate! Que de ésta ni tú estás a salvo...

LULÚ.—Se ha quedado la casa vacía.

LUCHY.—¡Que se caiga! Hoy mismo saldremos de viaje a donde sea, daremos fiestas, haremos bailes. ¡Nos vamos a botar mi fortuna entre la mejor sociedad de todos los países!

PAULETTE.—¡Ay, yo ya no estoy para eso; estoy muy vieja!

LUCHY.—¿Y qué te crees que yo ando mudando de dientes? ¡A gozarla antes de que nos caiga D.D.T.!

LULÚ.—Abuelita, por una vez en tu vida recapacita.

LUCHY.—(*Embebida.*) Compraremos la última moda de coches, barcos, cosméticos y vestidos. ¡A la basura con los vejestorios! Y ustedes no se me desesperen, porque en el plan que viajaremos, novios van a sobrar... ¡Ja! (PAULETTE queda inmóvil, cautivada por las palabras de LUCHY; LULÚ, agotada, se sienta y se toma la cara, y LA CONCIENCIA entra a decir algo, pero sale escandalizada con las manos en alto. Una música de locura suena estrepitosamente, mientras LUCHY, emocionada, avanza al proscenio con la mirada extraviada.) Shangai, Nueva York, Moscú, Brasil, Roma, Montecarlo, Atenas, Cuba, Londres, Pekín, Berlín, Praga, Zurich, Las Vegas, Acapulco, Sidney, Toronto, Formosa, Tokio, París, Calcuta, Borneo... Tahití... (*El telón va cayendo.*)

EL TERCER CUENTO

UNA POSADA RUMBOSA

Al llegar el mes de diciembre, la directiva del Club X, en la cual las mujeres hacían y deshacían a su antojo, decidió organizar una gran posada. Con muchos días de anticipación hicieron los preparativos muy ilusionadas. Un vecino entusiasta obsequió un radio que la presidenta decidió rifarlo en la fiesta, y el encargado de hacer los boletos de la rifa creyó conveniente que su novia lo ganara. Por fin llegó la fecha fijada, el jardín estaba adornado con cadenas de papel de colores, guías de pino, farolitos, serpentinas y globos. Una murga callejera, contratada para amenizar la fiesta, tocaba melodías navideñas, y toda la puritana colonia Nápoles tenía los ojos puestos en el suceso.

Se repartieron luces de bengala, pitos, velitas y libros para pedir posada; todos formamos ordenadamente una larga fila tras los peregrinos, y cuando empezamos a cantar, los rebeldes entraron agrediendo a la fina concurrencia y sofocando al improvisado coro de cánticos tradicionales que, al parecer, les herían los tímpanos. Su afán era que nadie cantase la posada como antiguamente se hacía, sino que comenzase la fiesta enseguida, para lo cual llevaban unos populares intérpretes de rock and roll. Al sonar los primeros acordes, los invitados, delirantes, botaron velas encendidas y peregrinos por los aires y se lanzaron a bailar con el mismo frenesí que los pieles rojas ejecutando la danza ritual de la lluvia.

LAS PIÑATAS Y LA RIFA

Como todos los socios del club (más de sesenta), se tomaban atribuciones indebidas, la fiesta continuó a merced de cualquier capricho. Una guapa rubia fue seleccionada entre los asistentes para quebrar la primera de las piñatas, mientras todos cantábamos eso de "Dale, dale, dale, no pierdas el tino, porque si no pierdes..."; cuando en esto, los léperos, como buitres, alcanzaron las tres piñatas y las destrozaron en el aire. Y lo que la guapa rubia perdió en la bola fue su gran entusiasmo por estas fiestas populares. Acto seguido, los rufianes sitiaron a pedradas a las damas que iban a servir la cena, y con gran voracidad se apoderaron de los "manjares" confeccionados por las hacendosas mujeres del club.

Después siguió la sensacional rifa. Uno de los señores invitados anunció los premios para darle más seriedad al asunto. Y la trampa fue tan evidente, que la concurrencia, enardecida, estuvo a punto de golpear a organizadores, vecinos, músicos y criadas, de no ser porque los rebeldes se colocaron estratégicamente en la retaguardia, protegiéndoles la retirada. El pleito acabó con la salida del sol y comenzó una nueva época: la de la destrucción del Club X.

VEINTICINCO REPRESENTACIONES DE UNA
TRAGEDIA EN VERSO

La siguiente meta en perspectiva fue la puesta en escena de otra obra mía, una tragedia en verso de un solo cuadro, con el título *Suicidio romance*, que requería para su representación muchos efectos sonoros y luminosos, una macabra comparsa de muertos y dos actores principales. El altivo vecindario puso todo de su parte para impedirnos el estreno

y que no siguiéramos siendo motivo de desmanes en su intachable calle; las niñas fueron encerradas en los torreones de sus casas y aisladas de toda relación con el nocivo Club X, y el jardinero, portador de chismes y amoríos, iba de casa en casa.

La situación tenía que ser remediada para salvar el buen nombre del Club, y teníamos que hacerlo entre Margarita, la presidenta, y yo, autor de las obras; de manera que ella se aprendió de memoria un personaje y yo el otro. Para la comparsa reunimos a varios chamaquillos, también confeccionamos nuestro vestuario y la extraña escenografía, grabamos música especial y estrenamos con verdadera osadía.

La escena era en un panteón, dos sombras se suicidaban, volaban murciélagos, caían relámpagos, se abría la tierra y entre la niebla salían de las tumbas los niños envueltos en sus mortajas, cosa muy celebrada por el escaso público de los primeros días. Lo menos que nos sugirió la crítica de un periódico fue que nos colgáramos de un árbol,¹ pero nosotros seguimos en la piqueta por espacio de un mes, odisea por la que nos hicieron elogiosos comentarios² y un interesante reportaje.³

LA REVUELTA

Los rebeldes llenaban noche a noche el lunetario para gritarnos leperadas, y un día convocaron a junta extraordinaria a todo el Club, para destituirme a mí como director y reclamarnos el dinero ganado con

¹ "Entre Candilejas", por Martín Galas Jr. Periódico *La Afición*, 6 de febrero, 1960.

² "Extras de la Extra", por Tomás Perrín, periódico *Ultimas Noticias*, 26 de enero, 1960.

³ "Teatro en un Garage", revista *Impacto*, 18 de mayo, 1960.

las temporadas teatrales, amenazando con hacer trizas el teatro y golpear a la presidenta y actriz, con quien no simpatizaban, si nos negábamos a entregárselo.

Nosotros comprendimos bien lo urgidos que andaban, pero como las arcas del Club se habían vaciado para la puesta en escena de la tragedia y el público apenas acudía a las funciones, no había fondos. Por tanto, se decidió obligar a la gente a comprar boletos de la obra, gozando así de espantosos llenos con inocentes espectadores que silbaron y aguantaron la representación durante un largo mes.

GIRA ARTÍSTICA A ACAPULCO

Una tarde llegó un mensaje de cierta dama benefactora que nos proponía una gira a Acapulco, con nuestra tragedia, durante la Semana Santa. La fámula que entregó el mensaje fue aclamada por los rebeldes, quienes corrieron a sus casas a empacar su atuendo para la gira; y las niñas saltaron de los torreones, donde se hallaban secuestradas, con la valija lista.

La comitiva se dividió en dos grupos; uno, que saldría primero a hacer en el puerto los preparativos de los festejos dedicados al segundo, o sea el de las actrices, que arribarían más tarde en avión.

Nuestra dama benefactora puso un automóvil último modelo a nuestra disposición y, con la cabeza llena de tubos, mientras nos veía partir desde la azotea de su mansión, dijo: "Id a Acapulco a visitar el orfanatorio de los niños en desamparo y poneos en comunicación con sus 'santos encargados'. ¡En prenda, os acompañará mi hija adoptiva!" Como los rebeldes iban a veranear y en Acapulco nadie estaba en antecedentes de nuestra bien intencionada misión, pues los Santos Encargados no se atrevieron

a abrirnos la puerta del convento por aquello de las dudas, resultó que pronto éramos nosotros los únicos en desamparo y nuestro retorno a la ciudad fue un verdadero calvario. Actualmente, me reprocho no haber dado la función, aunque hubiera sido en la calle o en alguna playa populosa.

LA VENGANZA

Los rebeldes, no pudiendo soportar más las burlas de que fueron blanco, tomaron venganza confiscando por dos meses el automóvil de la "loba descalza", así apodada por el vulgo a nuestra benefactora. En él aprendieron a manejar todas las gentes imaginables, compitieron en una justa automovilística, hicieron reuniones, veladas y cometieron además audaces actos de pillaje.

Con tales novedades, decidimos hacer un balance del Club X, descubriendo que sólo ocho socios pagábamos nuestras mensualidades, de manera que, para no hacerles penosa la permanencia en la asociación a los cincuenta deudores, abolimos el pago de cuotas y procedimos a la clausura de la puerta de entrada.

MI PRIMERA SERIE DE TELEVISIÓN

Durante los meses de junio y julio de 1960 fueron transmitidos, por el canal cinco de televisión, ocho dramas cortos que yo había escrito para una película experimental. Como quien trabaja a destajo, fueron llevados a cabo los programas por artistas profesionales. Ensayaban una vez, libreto en mano, y al día siguiente, con una horrenda escenografía a medio

terminar, salían al aire, amparados en el apuntador electrónico.

EL ADAPTADOR Y LA CENSURA

Al ser rechazadas mis obras por la censura de Televicentro, tuvieron que ser modificadas por un adaptador, un hombre gordo y simpático, con aspecto de personaje de Walt Disney, que el primer día no hizo otra cosa que deshacerse en halagos para los libretos que ni siquiera había leído. Después de dos meses resultó que la censura, no conforme con obligar al patrocinador a que pusiera además un sacerdote católico, muy liberal, dando sermones y buenos consejos a los televidentes al terminar cada programa, se negaba ahora a admitir ninguna obra semejante, así pusieran un coro medieval a cantar salmos. De manera que la serie hubo de terminarse y el adaptador, horrorizado y con remordimientos, sólo acertó a insultarme por los sucios libretos, que aún seguía sin entender.

No importa que exhiban al público caricaturas de muñecos animados en las que el gato ahorque al perico, o series importadas que muestren sórdidas escenas y monstruosos envenenamientos en Hong Kong. A los prejuiciosos censores de la televisión, que creen tener la justa medida de la moral, les asusta que muchachas y muchachos actuales aparezcan en un programa compitiendo en carreras de coches, fumando o levantándoles la voz a sus padres, y ponen el grito en el cielo cuando los protagonistas adolescentes deciden robar, irse de casa, tomarse un refresco con coquetería o suicidarse a sus anchas.

ACERCA DE LAS ACTRICES DE TELEVISIÓN

¿Tiene usted, señorita, señora o abuelita dotes artísticas?... Deje la escoba, el guisado o la costura y láncese a hacer televisión. Sólo hay una manera de convertirse en estrella, y ésta es lanzándose. Allá en los estudios se encargan de fajarla, vestirla, darle nombre, peinarla, ponerle postizos y maquillarla, dejándola sensacional. Ante las cámaras todo sale muy bien... Lo esencial es que usted se anime, patente su sonrisa y no se le trabe la lengua.

Diariamente, cientos de hambrientas mujeres, muy ilusionadas, deciden lanzarse al estrellato sólo porque les nace sentarse con garbo o porque adoptan poses extravagantes. Muchas llegan a triunfar porque aprenden a llorar como plañideras, otras porque se bañan, cantan y bailan con estilo, y otras más... por casualidad. Algunas no llegan a ningún lado y vuelven, como ovejas negras arrepentidas, a sus trabajos anteriores, comprendiendo que nadie las va a mantener por el puro hecho de haber nacido, cosa de la que los televidentes no tienen culpa. Pero todas, con muy pocas excepciones, saben de arte un camino. Y es a estas loables heroínas a quienes debemos en gran parte la categoría de nuestros espectáculos en la actualidad.

LOS PRODUCTORES

Algunos merolicos, con el fin de introducir un nuevo artículo entre las marchantas de un mercado, ignoran deliberadamente la bondad de aquél, evitándose así cargos de conciencia por vender tal basura. Así también, algunos productores de televisión, con gran imaginación, siguen el primitivo ejemplo anterior y desconocen en muchos casos la calidad de sus

programas. Para ellos, toparse con un patrocinador, como hallar una mina de oro para un gambusino, es lo único que les interesa; el programa no importa que lo escriba un analfabeto, lo adapte el eslabón perdido, lo representen unas plaseras, lo fotografíen unos pordioseros y lo censure un grupo de morbosas señoritas "quedadas". El público, vicioso de televisión, lo tolera todo.

ENSAYOS EN CUERNAVACA

Al pasar el tiempo, mi gusto por el teatro siguió en aumento. Una vez reunido de nuevo con mis actores, nos fuimos a una casa sola en la ciudad de Cuernavaca a ensayar *Los quince años de Lulú* segunda parte de *Luchy Millones*, aprovechando las cortas vacaciones de septiembre. Ahora la dirección de la obra estuvo a cargo de un amigo mío que ya había hecho otros trabajos de dirección con grupos experimentales. Los ensayos se hicieron en medio de la alberca, en el jardín, en los restaurantes y hasta dentro del automóvil. Estos actores aficionados ya se sentían capaces de eso y más todavía.

Para la puesta en escena de esta obra ya contábamos con adiestrados técnicos de luces y sonido, así como con escenógrafos, todos ellos autodidactas.

EL PÚBLICO SE OFENDE

Este cuento no tenía más propósito que burlarse de las fiestas de quince años, ridiculizando al máximo tanto a festejadas como a organizadores e inclusive a la misma gente tan afecta a estos eventos sociales que iba a la función. Y resultaba que los espectadores reían sin cesar y celebraban la re-